

**IGLESIA, CULTURA
Y SOCIEDAD
EN LOS SIGLOS XVI-XVII**

**EDS. REBECA LÁZARO NISO,
CARLOS MATA INDURÁIN, MIGUEL RIERA FONT
Y OANA ANDREIA SÂMBRIAN**



CON PRIVILEGIO . EN NEW YORK . IDEA . 2016

IGLESIA, CULTURA Y SOCIEDAD
EN LOS SIGLOS XVI-XVII

REBECA LÁZARO NISO, CARLOS MATA INDURÁIN,
MIGUEL RIERA FONT Y OANA ANDREIA SÂMBRIAN
(EDS.)

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)

COLECCIÓN «BATIHOJA»

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)

SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)

SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)

TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)

SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)

ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)

PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)

LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)

ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)

VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)

ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)

GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)

GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)

HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)

EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama digital

© De los autores.

ISBN: 978-1-938795-11-4

New York, IDEA/IGAS, 2016

IGLESIA, CULTURA Y SOCIEDAD
EN LOS SIGLOS XVI-XVII

REBECA LÁZARO NISO, CARLOS MATA INDURÁIN,
MIGUEL RIERA FONT Y OANA ANDREIA SÂMBRIAN
(EDS.)

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| EDITORES | |
| Presentación | 9 |
| GABRIEL AMENGUAL | |
| Interioridad y modernidad. La exploración de los espacios del alma en Santa Teresa de Jesús | 13 |
| GABRIELA BOANGIU | |
| The Church Fresco as Ethnological Document: Voronetj Monastery | 27 |
| VÍCTOR GARCÍA RUIZ | |
| Teresa de Jesús y Eduardo Marquina: Iglesia y patria en los siglos XVI y XX | 37 |
| ISABEL HERNANDO MORATA | |
| Paravicino y las letras | 51 |
| LUIS IGLESIAS FEIJOO | |
| La Iglesia y la censura de libros en el Siglo de Oro | 63 |
| CONSTANTIN ITTU | |
| Church, Orthodoxy and Society in the 16 th -17 th Century Transylvania | 79 |
| GU DRUN-LIANE ITTU | |
| Johannes Honterus (1498-1549), Humanist, Printer, Professor, Theologian and Religious Reformer of the Transylvanian Saxons ... | 95 |

RENATA LONDERO

Poesía laudatoria y relaciones entre corte, Iglesia y teatro en
algunos certámenes litúrgicos madrileños del reinado de
Felipe IV (1653-1664) 113

MIGUEL RIERA FONT

Mirabilia y omnipotencia divina. La cuestión de la autoridad
filosófica en *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de
Torquemada 127

OANA ANDREIA SÂMBRIAN

La representación del enemigo en el teatro del Siglo de Oro
durante la guerra de los Treinta Años 137

CONSTANTIN ZAMFIR

The Virgin Mary in the Vision of the Cathars 153

TERESA DE JESÚS Y EDUARDO MARQUINA:
IGLESIA Y PATRIA EN LOS SIGLOS XVI Y XX

Víctor García Ruiz
Universidad de Navarra

Mi acercamiento al tema «Iglesia, cultura y sociedad en los siglos XVI y XVII» va a venir de la mano de santa Teresa y de un autor teatral del siglo XX que recurre insistentemente a ella y al significado de su figura como llave para dar respuesta a un problema de identidad nacional en el siglo XX, en el que se observan múltiples puntos de contacto con el mismo problema de identidad nacional española, tal como se planteó en el siglo XVI. De hecho, mi hipótesis es que en muchos sentidos sigue siendo en realidad el mismo problema, que se extiende desde el siglo XVI hasta el siglo XX, por lo menos.

No voy a dedicar demasiado espacio a recordar cosas bien sabidas como que en el siglo XVI la dinastía de los Austrias afirma la identidad nacional ligando al pueblo español de forma indisoluble con la empresa del catolicismo. La defensa de la fe católica frente a la expansión del protestantismo genera presiones tanto en el interior de los reinos peninsulares como en el exterior. En el interior, la Inquisición ejerce una vigilancia celosa sobre la ortodoxia doctrinal y práctica de los súbditos y, en el exterior, los ejércitos del Emperador primero y del rey Felipe II después consumen vidas y recursos en su lucha contra los ejércitos protestantes. Ambas empresas coinciden con la expansión colonial en América. El resultado, para lo que a mí me interesa en esta ponencia, es el relieve que adquieren en la definición de la identidad nacional dos

conceptos de muy larga duración, que tienen una fuerte impronta en los debates culturales de los primeros años del siglo xx. Esos dos conceptos son el concepto de Imperio y la idea de España como España católica.

1. El Desastre de 1898 supuso, técnica y simbólicamente, el final del Imperio ultramarino español iniciado a comienzos de xvi. Todos sabemos que el impacto de esta pérdida territorial fue enorme entre las clases intelectuales. De una forma u otra, todo español culto se planteó el problema de la identidad y de la regeneración nacional: qué es España y cómo recuperar el vigor nacional. Las respuestas fueron básicamente dos, y enfrentadas: una, recuperar la tradición; la otra, cortar con ella. Esta segunda ha sido mil veces representada en la frase del político Joaquín Costa: «doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar»¹. No más mitos, no más recurso a las grandezas del pasado. Miremos al futuro y a Europa. Básicamente, es la postura liberal que José Ortega y Gasset logrará galvanizar en dos famosos textos de 1914: la primera de las *Meditaciones del Quijote* y su discurso sobre «Vieja y nueva política» (23 de marzo 1914) con el que se presentó la Liga para la Educación Política Española.

El dramaturgo Eduardo Marquina (1879-1946) representa, en buena medida, la posición contraria: reconstruyamos, sí, la identidad nacional, pero hagámoslo sobre la tradición, no olvidemos lo que hemos sido, apoyémonos en el esplendor de ese Imperio recién extinguido.

Para un catalán de origen castellano como él, además de la crisis del 98, tuvo que significar mucho a esos mismos efectos la Semana Trágica barcelonesa de 1909, no solo por los disturbios sino por la extensa campaña antiespañola que se desató en la prensa europea². Conviene saber que ya en 1901 Marquina había afirmado en un artículo de *El Imparcial* (24 junio) que el catalanismo le parecía una «doctrina socialmente inmoral, políticamente corrosiva y artísticamente [...] malsana y decadente»³.

Marquina es el máximo representante de una corriente teatral, el Teatro poético, que obtuvo gran favor del público en el primer cuarto del siglo xx. A mi juicio, ese teatro poético es una respuesta cultural del

¹ Mateos y de Cabo, 1997, p. 61.

² Ver la exaltada nota que insertó —entiendo que en 1944— a su poema «A España en 1909»: «alrededor del proceso Ferrer. Nauseabundo reflujo del odio contra España, acumulado desde la Reforma» (*Obras completas*, 6, p. 1303).

³ Ojeda, 1999, p. 48a.

sector conservador al «problema de España» suscitado por la crisis del 98. Frente a las soluciones más bien rupturistas de los intelectuales liberales, un tradicionalista moderado y sensato como Eduardo Marquina parece proponer en su teatro poético una regeneración nacional por la vía del Catolicismo más ortodoxo, la Unidad nacional en torno a Castilla y la reconexión con las grandezas de la Raza a través de sus héroes, uno de los cuales es santa Teresa de Jesús (1515-1582), considerada por muchos como la santa de la Raza⁴.

Refiriéndose a la santa de Ávila, Marquina confiesa que «desde mi adolescencia creo que no he dejado de estar en contacto espiritual [con ella], salvo lagunas de las que nunca me arrepentiré bastante»⁵. En la relación de Marquina con la santa de Ávila pueden distinguirse tres momentos.

El primero consiste en tres autos teresianos, estrenados entre 1911 y 1915; es decir, en plena boga del teatro poético. Los títulos son *La alcaidesa de Pastrana*, *Las cartas de la monja* y *Muerte en Alba*. El primero de ellos (estr. 1911) se enmarca en la traumática fundación del convento de Pastrana y recrea un episodio un tanto novelesco: el de los amores de Antonio Pérez y la princesa de Éboli, la cual aparece como una intriganta que manipula a santa Teresa para disimular sus relaciones amorosas con Pérez. Los pequeños incidentes son un telón de fondo para que la astucia y altivez de la de Éboli queden vencidas por Teresa —ayudada, eso sí, por unos soldados a los que caritativamente dieron de comer en el convento. Uno de los momentos cumbres dice así:

| | |
|----------|--|
| PRINCESA | La duquesa de Pastrana está en su casa, y así, volved del empeño, hermana, que no hay quien me eche de aquí, siendo yo aquí castellana [...] |
| TERESA | Vais errada, olvidáis vos |

⁴ El centenario en 1922 de la canonización de la santa confluó con el desarrollo del concepto de Hispanidad, favorecido por el centenario de la Constitución de Cádiz (1812), y con la declaración en 1917 del día 12 de octubre como Fiesta del Pilar y de la Raza. Santa Teresa, que había sido nombrada en 1915 Patrona del arma de Intendencia en el ejército español, quedó elevada a «santa de la raza» por el monumental libro de Gabriel de Jesús. Ver Di Febo, 1988, para más detalles y para la funcionalidad simbólica de santa Teresa en el franquismo.

⁵ *Obras completas*, p. 1352; cito por Huerta Calvo y Peral Vega, 2003, p. 2293.

en vuestra soberbia, hermana,
 que cuando sois castellana
 por el rey, yo soy, por Dios,
 alcaidesa de Pastrana. (pp. 95-96)

Teresa acaba imponiéndose. Destaca la firmeza y autoridad de su carácter; pero a continuación, ese rasgo suyo se completa con otros como la picardía —cuando hace que den todo tipo de honores a la princesa en su salida—, su sentido práctico —cuando se pone a barrer—, su sentido común en los consejos que prodiga a sus monjas, y su amor de Dios en la recitación de estos veros de san Juan de Cruz con que se cierra la pieza:

Pastores los que fuereis
 allá, por las majadas al otero,
 si por ventura viereis
 aquel que yo más quiero,
 decidle que adolezco, peno y muero. (p. 115)

Las cartas de la monja (estr. 1914) tiene algo más de enredo, puesto que se ocupa del episodio en que Juan de la Cruz escapa de la prisión en que le tenían sus hermanos de la orden calzada y huye de Toledo con la ayuda de Teresa. Dejando a un lado los ardidés y las disimulaciones empleadas para librar a san Juan de la Cruz de sus perseguidores —un supuesto cuadro del Greco y el conde de Tendilla logran imponerse al inflexible padre Maldonado— parece claro que en estos tres autos Marquina pretende destacar algún aspecto de su héroe y, en este caso, el rasgo elegido es el influjo que tuvo la faceta epistolar de santa Teresa, el poder de sus cartas a todo tipo de gentes, desde el rey, hasta altos eclesiásticos de Roma, prelados, priores, damas, próceres y gente ordinaria. Con ellas logró no solo defender la causa del Carmelo reformado sino inflamar a España en amor a Dios. Dice Tendilla:

Ella también
 dio su nombre a unos pedazos
 de papel; y estas sus cartas
 son fuego en que nos quemamos;
 a donde alcanzan encienden;
 yo una tengo, y mis hermanos
 varias, y el rey, y los nobles,

los jueces, y los letrados:
 arde aquí un pecho y sus llamas
 se van, por fuera, ensanchando;
 si hoy España es medio santa
 de este amor de Dios tan franco [...]

 ¡Son las cartas de la monja
 las que hicieron el milagro! (pp. 109-110)

Al acabar el auto Teresa sufre un arrobo mientras dicta una nueva carta. La última palabra, sin embargo, no será de misticismo sino de vida activa, de trabajo. Marquina dibuja una Teresa que es a la vez la santa de los altos vuelos místicos no buscados y la santa de los cuidados más ordinarios.

La muerte en Alba (estr. 1915) se sirve de un personaje secundario, la hermana Lucía, una monja demenciada, para dar un tono sobrenatural al tránsito de la santa cuando anuncia aquélla que ha florecido, en octubre, un almendro plantado por Teresa. Esta, por su parte, hace una dramática confesión, que Marquina (pp. 79-82) versifica hermosamente sobre el estribillo «Flaca he sido y mala monja». Ya en el lecho y moribunda, Teresa tiene un arrobo (pp. 95-97) que le lleva a glosar el tema del «Muero porque no muero»:

¿O sois Vos mismo, Señor,
 que al cabo os compadecéis?
 ¿Sois Vos? ¿Las plantas movéis
 acortándome el sendero?
 ¡Bien vengáis, si es que al fin veis
 que muero porque no muero! (p. 97)

Convendría ahora poner estos autos teresianos en relación con las ideas nacionalistas de Marquina en los años 1908 a 1915. Al frente de *Las hijas del Cid* (estr. 1908) Marquina puso esta dedicatoria: «A la nueva vida de *los héroes* muertos con amor y dolor para conmovión y salud de *la vieja Castilla* y a la intención de *la patria futura*, dedico este canto» (p. 501; énfasis mío). Muy rápidamente, son dos los aspectos que deseo destacar: la Unidad de España en torno a Castilla; y la necesidad de Héroes inspiradores para la reconstrucción de la identidad española, que

no necesariamente se reduce a la vuelta al pasado. De hecho, el Cid que aquí se nos presenta no es tanto el mítico guerrero como el padre⁶.

Con *En Flandes se ha puesto el sol*, su gran éxito estrenado en 1910, vemos más claro en una cierta ambigüedad ideológica del teatro poético marquiniano: la colisión entre los valores castizos españoles que encarna el hidalgo Diego de Acuña y los valores europeos que encarnan los flamencos, encuentra una posible conciliación y un posible futuro en Albertino, el hijo del hidalgo español y de una flamenca. Es decir, que a estas alturas Marquina no se presenta como un tradicionalista a ultranza sino que parece apostar por una España nueva en la que los valores de Europa fecunden los de la tradición española⁷. En estos momentos, para Marquina, España y Europa no se oponen.

Después de todo, no es de extrañar esta postura en quien había tenido relación con el modernismo catalán europeísta y en quien Amorós⁸ ha visto un modernista en lo estético, un republicano en lo político, un regeneracionista en cuanto al tema de España, y un simpatizante de la Institución Libre de Enseñanza en lo pedagógico. Es decir, un «escritor mucho más interesante y plural que la imagen tópica a que se suele reducirlo [*sic*]».⁹

⁶ Schmuck llega a afirmar que Marquina efectúa una «deconstrucción de la figura heroica existente del Cid» (2007, p. 131) con la intención de re-construir la identidad nacional a través de una re-construcción de los personajes históricos.

⁷ Otra cosa es lo que cada crítico quisiera ver en la obra. Así, como era de esperar en un periódico monárquico, el crítico de *Abc* hablaba de «los grandes días de nuestra epopeya, el gesto gallardo de la raza, el alma española» (Hernanz, 1996, p. 29). A un tal padre Caballero, por su parte, le parecía deprimente para la personalidad nacional la defensa que hace el hidalgo español protagonista del oprimido Flandes y sus herejes (Hernanz, 1996, p. 35). El que más acertó, sin duda, fue Manuel Bueno, desde *El Heraldo de Madrid* cuando percibía el conflicto en la conciencia del capitán Acuña, que ha de elegir «entre la patria heredada y la patria creada», es decir, otra patria posible, que él está dispuesto a construir a base de abnegación (Hernanz, 1996, p. 30). Se da el caso curioso de que la famosa frase del final del acto segundo, «¡España y yo somos así, señora!», en realidad, tergiversa el sentido del drama, más conflictivo y ambivalente que la impresión crudamente casticista que tiende a proyectar ese famoso desplante.

⁸ Amorós, 2005, p. 12.

⁹ Otro elemento que completa el retrato del españolismo de Marquina en estos años es su libro de poemas *Tierras de España*, de 1914. Los poemas, vinculados a la tierra y a un héroe medieval como Sancho el Mayor, se reparten en tres secciones: Ser, Trascender, Durar.

2. El segundo punto de nuestro itinerario teresiano y marquiniano es el estreno en 1932 de la obra *Teresa de Jesús: estampas carmelitas*. Estamos en plena Segunda República, un momento clave en la redefinición de la identidad española, tanto en lo que se refiere a la unidad territorial como, sobre todo, en lo relativo a la unidad religiosa en torno al catolicismo. Independientemente de su intención, la frase de Manuel Azaña «España ha dejado de ser católica» provocó vivas reacciones en los católicos españoles, uno de los cuales era Eduardo Marquina. Por no hablar de otras agresiones contra la conciencia católica en forma de quema de conventos en 1931 y de legislación antieclesiástica durante el bienio radical-socialista (1931-1933).

¿Se refleja de alguna manera todo esto en la *Teresa de Jesús* de Eduardo Marquina? La respuesta es no. La obra carece de todo elemento polémico y así se desprende también de la crítica de Enrique Díez Canedo en *El Sol*, periódico liberal, laico y, para muchos lectores de la época, claramente anticatólico. Canedo alaba a Marquina por haber superado las dificultades intrínsecas al teatro histórico, por no haber intentado una biografía sino una especie de rapsodia que le permite evitar —casi del todo— una acción teatral en el sentido convencional de trama —lo que Canedo llama «el drama ausente»¹⁰. Y le alaba «sobre todo, por una cosa: por haber visto a Teresa no como a la histérica de ciertos comentaristas modernos, sino como a la mujer de acción, sublime y sencilla a la vez»; incluso lo sobrenatural «está expresado sin grandilocuencia, con frases balbucientes, más aptas a su carácter»¹¹. Aunque muy sucintamente, no deja de señalar Canedo el final «alto, simbólico» que representa la salida de Teresa apoyada en el recuero castellano¹², para mí —ya lo adelantó— el elemento más interesante de estas «estampas carmelitas»¹³. La contención se refleja ya en el título, lejos de las impacencias de *El divino impaciente*, estrenado poco después.

¹⁰ Díez Canedo, 1968, p. 55.

¹¹ Díez Canedo, 1968, p. 54.

¹² Díez Canedo, 1968, p. 55.

¹³ No está de más recordar que estrenos como *El divino impaciente* (Teatro Beatriz, 27 de septiembre de 1933) de José María Pemán sobre la vida del jesuita san Francisco Javier o, antes, la adaptación para la escena de *AMDG: la vida en los colegios de jesuitas* (Teatro Beatriz, 6 nov. 1931), novela de Ramón Pérez de Ayala, tuvieron una dimensión polémica, a favor y en contra de la Iglesia y, más particularmente, de la Compañía de Jesús; como es sabido, los jesuitas fueron expulsados y confiscados por la II República.

Teresa de Jesús consta de 6 cuadros, bastante autónomos, que cubren desde el comienzo de la reforma carmelitana hasta el último de los viajes de la santa a Alba de Tormes, es decir, los veinte últimos años de su vida. Las tres primeras estampas y la última tienen una sencilla estructura binaria que consiste en la creación de un telón de fondo sobre el cual destacan las virtudes de la santa. En la primera, situada en la casa de doña Guiomar de Ulloa, una serie de personajes discuten la oportunidad o no de emprender la reforma del Carmelo, justo cuando la Inquisición está persiguiendo los excesos de devoción. La prudencia humana aconseja esperar. Es entonces cuando aparece la santa y recuerda a todos que seguir a Cristo implica lucha y cruz. Así logra la conversión del cauto obispo, que se reconoce «jun pecador / que tiene en sus pobres manos / la defensa del altar / y se negaba a luchar / por miramientos humanos!» (p. 43). La segunda estampa se desarrolla en la celda de Teresa en el convento de La Encarnación de Ávila. El contraste aquí se establece entre los proyectos de vida eremítica en el futuro convento de San José y las intrigas de la priora y otras monjas con las que ha convivido durante 20 años la santa, que en todo momento aparece como humilde, obediente y, además, inteligente. La tercera estampa insiste en la oposición de las monjas de la Encarnación contra la fundadora, que es obligada a abandonar su primer «palomarcito», el convento de San José, el mismo día de su inicio, para cumplir con la obediencia que le imponen.

La cuarta y quinta estampas, situadas en Beas y Sevilla, son, a mi juicio —y al de Díez Canedo—, lo peor de la obra porque, más que dar réplica, se adueña del espacio la antagonista de Teresa, una monja mala, llamada Beatriz de Espina, en la que se acumulan rasgos negativos y enredos de diversa índole.

La última estampa, la más significativa, supone una vuelta al encanto y a la sencillez del comienzo. Soslayando cualquier triunfalismo, Marquina presenta a una Teresa que se siente abandonada por el padre Gracián, que marcha a Roma, y muy inquieta por el futuro de su obra reformadora. Este es el telón de fondo. El elemento de contraste lo aporta un personaje inesperado: el arriero Blas, que representa a la vez el espíritu de España y el espíritu de Castilla. Blas aplica a la propia Teresa la gran lección teresiana: la paciencia todo lo alcanza. Es la misma lección que Teresa enseñó a Blas veinte años antes y que ahora, providencialmente, viene él a agradecer.

Yo hacía entonces el viaje
 de Toledo. A media senda
 como una mula se espanta
 me pongo a decir blasfemias
 y va la madre y me dice:
 «Tire suave de la rienda
 y ayúdela, no la espante
 más con gritos; la paciencia
 todo lo alcanza». Y tiré
 como ella me dijo. Y hecha
 con el dulce trato almíbar
 siguió la mula su senda.
 Por más señas, que al estar
 en casa con la parienta
 me hice de las mismas trazas [...]
 La vida entera
 cambió para Blas: otro hombre. (p. 146)

Al oírlo, Teresa ve en el recuero «la continuidad viva de su obra y de su celo» (p. 147) porque el mensaje se ha propagado entre los arrieros que

Después de llevar a lomos
 de sus mulos por las sendas
 la persona de la madre
 aquí sube, aquí se apea,
 llevan su alma en sus palabras,
 por el ancho de estas tierras
 que ya es hoy toda Castilla
 semillero de sus siembras... [...]

TERESA ¡Dios me valga y cómo das
 consuelo a quien bien lo espera!
 ya pueden venir abajo
 mis conventitos de tierra.
 ¡Con estos de carne viva
 le das más vuelo a Teresa!
 Las lágrimas de Gracián
 un buen hombre me las seca. (pp. 147-148)

Marquina quiere afirmar que santa Teresa encarna como nadie el espíritu de Castilla. Por eso remata la obra con la santa apoyada en el

anciano arriero, que la lleva como si fuera una reliquia. Ella le dice «Castellano es de Castilla / ¡y aún tenemos muchas leguas / y muchos siglos que andar / juntos... Castilla... y Teresa!» (p. 149).

3. En 1941 Eduardo Marquina regresa a Teresa de Jesús. Para entonces, las cosas han cambiado mucho en España y en Marquina. Marquina es ahora un firme partidario de Francisco Franco y de su régimen ultranacionalista e imperial. El 18 de julio del 36 sorprendió al dramaturgo en Argentina. Marquina se adhirió rápidamente a la causa franquista e hizo algunos viajes de propaganda por Iberoamérica. No está de más saber que la familia de su único hijo vivió el violento Madrid del verano del 36 hasta que lograron salir del país gracias a «un oficial del Ejército rojo»¹⁴.

Un buen exponente de los sentimientos de Marquina en estos años es un libro de poemas, de 1941, titulado *Los tres libros de España*. Estos tres libros son «España en ocaso», «España militante» y «España en albas». Aunque las fechas de los poemas son imprecisas, todo indica que los poemas de «España en ocaso» coinciden con los últimos años de la República. Que «España militante» reúne poemas escritos durante la Guerra Civil y que «España en albas» responde al momento de la Victoria y el nacimiento de una Nueva España franquista.

Yo diría que el poema «España en derrota», fechado en 1935-1936 y perteneciente a «España en ocaso», marca el cambio definitivo de la visión de España en Marquina, profundamente decepcionado ante un régimen, el republicano, que él ve en descomposición. Partiendo de una insistente apelación al pueblo, ese pueblo que él creía teresiano —«Pueblo, ¿dónde estás?...» (p. 40)— el poema termina en esta desesperada estrofa:

Pueblo, pueblo, pueblo, pueblo,
ya para siempre estoy solo;
voy, sin ir, donde llegando
maldeciré del reposo;
no sé de dónde venía,
se me disipa el contorno,
la muerte es menos morir
que este desangrarme en todo.
Perdí a España. ¡Me amputaron
en la masa, de mis prójimos!
1935-1936 (p. 50)

¹⁴ Montero, 1965, p. 240; más detalles en Montero, 1965, pp. 240-241.

De «España militante: acta» destaco la larga crónica romanceada dedicada a Toledo (pp. 55-93), donde el pasado medieval y el de Carlos Quinto convergen en «la gesta» reciente del Alcázar de Toledo: «Vale el tiempo eternidades / cuando el General [Franco] lo abraza [al coronel Moscardó]. / Solemne, el Emperador / vuelve a ser bronce en la estatua» (p. 93).

«España en albas: triunfos» contiene un tríptico a José Antonio, un Poema del Tercer Aniversario: desfile y canto de la Victoria, y un Romancero Heroico cuya quinta entrega apela a «Cid Francisco Franco el Justo [...] ¡Dios te nos guarde en la cumbre / donde te puso tu espada, / medida, vértice y núcleo / de las anchuras de España!» (p. 163).

El Marquina entusiasta del franquismo ve en el general Franco el nuevo héroe que ha llevado a término un ideal político-religioso nacido en el siglo XVI: España como nación imperial y católica. Quizá las cosas no han cambiado demasiado para él: el nacionalista de los años 10 y 20, conservador pero abierto a una patria futura, ha visto cómo los terribles acontecimientos de la Guerra Civil y el peligro del comunismo engendraban esa España esperada en la figura de Francisco Franco. La España liberal, por supuesto, ha sido completamente enterrada. De ahí que el soneto dedicado «Al Caudillo» proclame que «hoy, más que las tierras y la gloria, / más que el pan y la vida, la Victoria / da a España *el hombre en quien vivir segura*» (p. 173).

Pues bien, en este clima Marquina no piensa solo en una poesía civil de exaltación nacionalista sino que regresa una vez más a santa Teresa y lo hace, como lo había hecho en las dos anteriores ocasiones, tocando un registro íntimo y personal. Este regreso teresiano tiene dos manifestaciones. Primero, dar a la imprenta —no lo había hecho antes, que yo sepa— sus ya añejos *Pasos y trabajos de santa Teresa de Jesús*. Y en segundo lugar, componer un libro de *Avisos y máximas de santa Teresa de Jesús: antología en verso* (1941). Se trata de «dichos, sentencias, exhortaciones y consejos de la insigne Reformadora» (p. 1249) a los que Marquina proporciona un pequeño marco en verso, con la intención de presentar a la santa de Ávila no solo como maestra en el buen decir castellano sino sobre todo, como maestra en las tareas de Reforma, también en la reforma de naciones enteras. De ahí que afirme nuestro autor: «Hoy, además, trabajados los tiempos y especialmente nuestra nación de un nuevo afán de reforma y sentido españoles, creo yo que estas vivas hablas de la santa

de Ávila han de encontrar, como nunca, oídos dispuestos a recoger su doctrina y almas necesitadas de caldearse en su estímulo» (p. 1248).

En suma, vemos que Marquina, con acentos distintos, acude a santa Teresa en tres momentos en que la identidad nacional está en discusión o en proceso de redefinición: la Crisis del 98, la Segunda República y el Régimen Franquista. En ninguno de los casos representa la santa de Ávila una opción directamente política ni tampoco especialmente militante, sino que, para él, representa más bien la tranquila idea de la unidad nacional en torno a Castilla, cuyo espíritu, popular y católico, encarna ella de forma insuperable.

BIBLIOGRAFÍA

- Amorós, Andrés, «Introducción», en *Cartas a Eduardo Marquina*, Madrid, Castalia, 2005, pp. 9-12.
- Di Febo, Giuliana, *La santa de la raza: un culto barroco en la España franquista (1937-1962)*, Barcelona, Icaria, 1988.
- Díez Canedo, Enrique, «Teresa de Jesús», en *El teatro español de 1914 a 1936: artículos de crítica teatral, 2: El teatro poético, El teatro cómico*, México, Mortiz, 1968, pp. 52-55.
- Hernanz Angulo, Beatriz, «En Flandes se ha puesto el sol», en Eduardo Marquina, *En Flandes se ha puesto el sol. La ermita, la fuente y el río*, ed. Beatriz Hernanz Angulo, Madrid, Castalia, 1996, pp. 22-40.
- Huerta Calvo, Javier y Emilio Peral Vega, «Benavente y otros autores», en *Historia del teatro español, II: Del siglo XVIII a la época actual*, ed. Javier Huerta Calvo, Fernando Doménech Rico, y Emilio Peral Vega Madrid, Gredos, 2003, pp. 2271-2310.
- Jesús, Gabriel de, *La santa de la raza: vida gráfica de Santa Teresa de Jesús*, Madrid, Imp. Sánchez de Ocaña, 1929-1933, 4 vols.
- Marquina, Eduardo, *Tierras de España*, Madrid, Renacimiento, s. f. [1914].
- Marquina, Eduardo, *Pasos y trabajos de Teresa de Jesús, 1: La alcaidesa de Pastrana*, Barcelona, E. Subirana, 1941a.
- Marquina, Eduardo, *Pasos y trabajos de Teresa de Jesús, 2: Las cartas de la monja*, Barcelona, E. Subirana, 1941b.
- Marquina, Eduardo, *Pasos y trabajos de Teresa de Jesús, 3: La muerte en Alba*, Barcelona, E. Subirana, 1941c.
- Marquina, Eduardo, *Los tres libros de España*, Madrid/Buenos Aires, Escélicer, 1941d.
- Marquina, Eduardo, *Avisos y máximas de santa Teresa de Jesús: antología en verso. Obras completas, VI*, Madrid, Aguilar, 1944, pp. 1243-1295.
- Marquina, Eduardo, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1944-1951, 8 vols.

- Marquina, Eduardo, *Teresa de Jesús*, ed. José Montero Alonso, Salamanca, Anaya, 1964.
- Mateos y de Cabo, Óscar, «Joaquín Costa y el 98: análisis crítico de la obra “Reconstitución y europeización de España” y su incidencia en el proceso de modernización español», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 14, 1997, pp. 53-74.
- Montero Alonso, José, *Vida de Eduardo Marquina*, Madrid, Editora Nacional, 1965.
- Ojeda, Pedro, «“España y yo somos así, señora”: Eduardo Marquina en su contexto», *Téatro en la España del siglo xx, 1: 1900-1939*, *ADE Téatro*, 77, 1999, pp. 47-48.
- Schmuck, Lydia, «¿Manipulando la Historia? El teatro de Eduardo Marquina», *Arba. Acta Romanica Basiliensia*, ed. Sandra Carrasco y Rosa Sánchez, 19, 2007, pp. 125-132.

C o l e c c i ó n B a t i h o j a



El presente volumen recopila una serie de trabajos que, con enfoque multidisciplinar, abordan la relación entre Iglesia, cultura y sociedad en los siglos XVI y XVII. Los temas varían desde la perspectiva filológica e histórica hasta la teológica y filosófica, todas las cuales aplican su método específico de análisis a las obras del Siglo de Oro español (con extensión, en algunos casos, a la cultura rumana), destacando así la multitud de perspectivas desde las que dicho periodo se puede pensar y (re)interpretar.

Rebeca Lázaro Niso es profesora de la Universidad de La Rioja e investigadora del grupo BITAE de la misma universidad.

Carlos Mata Induráin es investigador y Secretario del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra.

Miguel Riera Font es investigador de la Universidad de las Islas Baleares (beca pre-doctoral de la comunidad balear financiada con fondos FEDER).

Oana Andreia Sâmbrian es investigadora titular de la Academia Rumana. Su especialidad son los estudios culturales y las relaciones rumano-españolas.



UNIVERSIDAD
DE LA RIOJA



La BIBLIA
en el
TEATRO ÁUREO ESPAÑOL



Govern
de les Illes Balears



Instituto de Estudios
Hispanicos
en la Modernidad



Universidad
de Navarra | GRISO



instituto de estudios auriseculares

IGAS Institute of Golden Age Studies / IDEA Instituto de Estudios Auriseculares